

## **Papagayos de plumas color esmeralda y de pico escarlata en la Necrópolis Vaticana**

El atento visitante de la necrópolis de San Pedro notará en el interior de la Tumba E o «de los *Aelii*» maravillosos papagayos del pico escarlata y de largas plumas que hacen palidecer el color de la esmeralda. Fueron sabiamente pintados por un anónimo artista hace dieciocho siglos, sobre el fondo de dos nichos para urnas cinerarias de la pared norte, propiamente delante de la puerta de ingreso al sepulcro.

Los vemos fielmente representados con enmarcados ojos redondos, el pequeño pico en forma de gancho, el collar rojo y la larga cola curvada. Se apoyan con sus patitas bruñidas sobre delgadas ramas florecidas y son circundados por rosas cortadas, la flor de los muertos.

El primero en escribir sobre este exótico pájaro, admirado en toda época por su capacidad para reproducir el sonido de la voz humana, fue Ctesias de Cnido, historiador griego del V siglo a. C. y médico en la corte persa de Artajerjes II. Después también habló Aristóteles, maestro de Alejandro Magno; sin embargo fue Plinio el Viejo, el célebre naturalista muerto durante la erupción del Vesubio del 79 d. C., quien nos dejó la más detallada descripción del papagayo (en latín «*Psittacus*»): «(...) este pájaro proviene de la India, donde se llama *siptace*, es verde en todo su cuerpo, variado solo por un collar rojo entorno al cuello. Él saluda a los emperadores y pronuncia las palabras que escucha y, más todavía, ayudado con el vino. Su cabeza es tan dura como el pico: para enseñarle a hablar, en efecto, se la debe golpear con una barrita de hierro, de otro modo no siente los golpes. Cuando baja rápidamente, se engancha con el pico, sobre el cual se apoya

y reduce así su propio peso, para no cargarlo sobre las patas que son débiles» (Plinio, *Historia Natural*, 10, 117). Una descripción similar nos es transmitida por Apuleyo (*Florinda*, 12), el cual se detiene en particular sobre la extraordinaria habilidad del papagayo para repetir las palabras que ha aprendido. El poeta latino del siglo II, advierte sin embargo al lector que si al papagayo se le enseñan «insolencias», del día a la noche su canto será una sucesión de insultos y el único modo de hacerlo callar será el de «cortarle la lengua y devolverlo a la selva de la cual ha venido». No obstante tales inconvenientes este pájaro extravagante e importado fue muy amado en la Roma antigua y fue amaestrado y custodiado con todo cuidado en las casas de las familias más ricas. De bello aspecto, llenaba de curiosidad a todos y a todos también les agradaba su «voz» casi humana: de él se fabulaba que hubiese aprendido por sí mismo a decir: «¡Ave César!» (Marcial, *Epigramas*, 14, 7).

El papagayo era tan amado y apreciado por los romanos, que su muerte era a veces equiparada a la pérdida de un ser querido. Es significativa a este respecto una famosa elegía de Ovidio en la cual son narrados –en agradable parodia– los funerales de Corina, la joven mujer amada por el poeta (*Amores*, 2, 6). En los primeros versos Ovidio imagina un triste grupo de aves que siguen al difunto papagayo. Un insólito cortejo fúnebre con «la tórtola amiga» a la cabeza de una multitud de aves que lloran, que se golpean el pecho con las alas, se rayan las mejillas con las uñas y no pudiéndose arrancar los cabellos sueltos por el dolor, se arrancan las plumas de la cabeza. Resuena en el aire su triste canto que substituye el sonido de las largas trompetas que acompañaban los funerales solemnes. A las «alabanzas» (*laudatio funebris*) de excepcionales características del papagayo, que después de siete días de agonía pudo exclamar con lenguaje moribundo: «¡Adiós, Corina!», sigue el sincero lamento (*lamentatio*) por la pérdida de un pájaro tan bello y virtuoso, con la amarga constatación que «lo mejor de cuanto existe es robado

por manos insaciables». El esquema convencional del epicedio (composición poética que se recitaba en las ceremonias fúnebres), se concluye con la «consolación» (*«consolatio»*) que el tan querido papagayo será recibido después de la muerte en el bosque del Elíseo, una verde casa ultraterrena para los pájaros piadosos, prohibida a los pájaros siniestros. Allí –en compañía de purísimos cisnes, de la siempre viva ave fénix, de los pavos de Juno y de la amorosa paloma– podrá continuar repitiendo las palabras de los hombres atrayendo hacia sí a los pájaros piadosos. Mas también sobre la tierra su recuerdo sobrevivirá, gracias a la tumba, construida «a la medida de su cuerpo», de Corina y gracias a sus palabras esculpidas sobre la pequeña lápida sepulcral: «Este mismo sepulcro habla del amor de mi dueña. Más que cualquier otro pájaro yo sabía hablar» (Ovidio, *Amori*, 2, 6, vv. 61-62). Versos semejantes fueron escritos algunos decenios más tarde por Stazio, con ocasión de la muerte del papagayo del poeta Atedio Meliore: «(...) Papagayo, rey de los pájaros, elocuente placer de tu dueño, imitador sapiente de la voz humana, ¿qué hecho imprevisto ha truncado tu susurro? (...) Ha muerto el papagayo gloria de la raza alada, el verde rey del Oriente al que ni siquiera el pájaro de Juno (el pavo real), que tiene la cola adornada, vencía en belleza (...)» (Stazio, *Selve*, 2, 4).

Este volátil de rara belleza y de extraordinaria elocuencia fue entonces particularmente querido por los romanos de los primeros siglos del imperio, que lo quisieron hacer representar en sus lujosas casas y en sus propios sepulcros. Pero en el contexto y en la iconografía fúnebre de la tumba, el papagayo –cuya muerte era cantada por los poetas con magníficos versos– tuvo ciertamente también un valor simbólico. El papagayo fue en efecto destinado a una vida inmortal, un pájaro designado a llevar en el más allá el eco de la voz de los hombres, una voz hecha muda en la vida para resonar en la eternidad, en el mundo de los muertos.

DIÁLOGO 68

